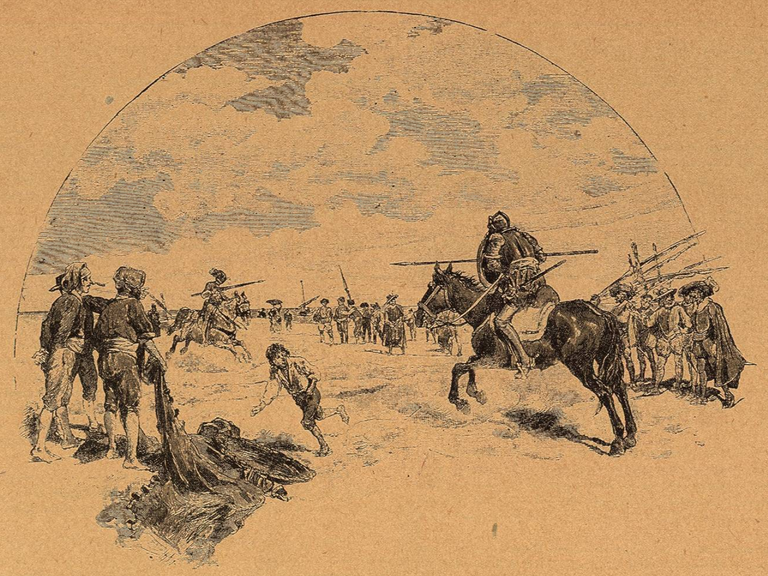

CAPÍTULO LXIV.

Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entónces le habían sucedido.

LA mujer de Don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibió grandísimo contento de ver á Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discreción, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca, y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venían á verla.

Dijo Don Quijote á Don Antonio que el parecer que habían tomado en la libertad de Don Gregorio no era bueno, porque tenía más de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaría á pesar de toda la morisma, como había hecho Don Gaiferos á su esposa Melisendra.

—Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor Don Gaiferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aquí si acaso sacamos á Don Gregorio, no tenemos por dónde traerle á España, pues está la mar en medio.

—Para todo hay remedio, si no es para la muerte, respondió Don Quijote, pues llegando el barco á la marina nos podremos embarcar en él aunque todo el mundo lo impida.

—Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas.

Don Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaría el expediente de que el gran Don Quijote pasase á Berbería. De allí á dos días, partió el renegado en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma, y de allí á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al virrey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de Don Gregorio y en el caso de Ana Félix.

Quedó el virrey en hacerlo así como se lo pedía; y una mañana, saliendo Don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hacia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el cual llegándose á trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quijote, dijo:

—Insigne caballero, y jamás como se debe alabado Don Quijote de la Mancha, yo soy "el caballero de la Blanca Luna," cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria: vengo á contender contigo y á probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvación de tu alma, y si tú me venciere, quedará á tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa porque le desafiaba, y con reposo y ademán severo le respondió:

—Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamás habéis visto á la ilustre Dulcinea: que si visto la hubiérades, yo sé que procuráradeis no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido acepto vuestro desafío, y luego, porque no se pasase el día que traéis determinado; y sólo exceptúo de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, proque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga.

Habían descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y dichosele al virrey que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El virrey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por Don Antonio Moreno, ó por otro algún caballero de la ciudad, salió luego á la playa con Don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando Don Quijote volvía las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario.

Viendo, pues, el virrey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso enmedio, preguntándoles qué era la causa que les movía á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que había dicho á Don Quijote, con la aceptación de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes.

Llegóse el virrey á Don Antonio, y preguntóle paso si sabía quién

Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro, y hallácrle sin color y trasudando.